

Maneras de caminar en el aire:

La más inmediata es por supuesto la Dinamita, el Trinitrotolueno o el Amonal, pero eso sería en cualquier caso volar por los aires “a peazos”. Los insignes investigadores del IPG han dilucidado otras formas más incruentas e imaginativas. A saber:

a/ Crézcanle alitas de pollo en los pies al candidato, se sentirá Mercurio y lo meterán en el tubo de un termómetro. Sin contar con la escasez de alitas de pollo que padecen algunos bares o figones. Es un riesgo, pero quizá merezca la pena.

b/ Póngase material magnético en los talones; eso sí, deberá poseer la misma polaridad de la tierra para que talones y caminos se repelan (evitando, por supuesto, el salir disparado hacia los aires con lo que sería confundido el aspirante con misil balístico o no, depende) y será preciso evitar la cercanía del agua porque sabido es que agua y tierra tienen polaridades contrarias y, en caso de acercarse a ella, ésta lo atraería con tal fuerza que quedaría pegado a su superficie, lo que sería digno de verse porque individuo pegado al agua y sin hundirse es para un circo (el primer problema sería transportarlo hasta las carpas y carromatos pues estaría firmemente adherido al agua) o meritorio de que el gentío desde la orilla haga tiro al blanco para comprobar si cae y queda tumbado en la superficie como cachalote varado, si queda igual, si se hunde con la celeridad del plomo, o si asciende por los aires perdida la virtud de su magnetismo.

c/ Échese voluntad a levitar. Se duda, por principio científico, que tal voluntad tenga que ver con religión o misticismo y el sabio universitario creerá más en lo que ve si el caminante en el aire le asegura que es pura y dura voluntad. La concentración debe ser alta y por ende, endeble, ende, ende, por lo que las alturas conseguidas serán mínimas, quizá rondando el medio metro, pero ¿para qué se quiere más?

d/ Auméntese desconsideradamente de tamaño las plantas de los pies hasta alcanzar la forma y dimensiones de un ave palmípeda de 500 o 600 kilos de peso y 20 o 30 metros de envergadura de alas. Es posible que con tal superficie la tierra no sea suficiente para soportar tan mínima presión y, repelente y asquerosa como es, le confíe la misión al aire. El problema, siempre, es que tamaño tan inconveniente haga voltear a la víctima, encontrándose el terco caminante aéreo con la cabeza en el suelo y las patas palmípedas a la

altura de las nubes, con lo que se le mojarían, caso de carecer de paraguas acoplado, y el reuma sería casi seguro.

e/ Sujétense con firmes correas y sogas marineras dos turbinas de Boeing 3438 (si el 2707 es grande, imagínense cómo será aquél) a los pies del aspirante. Dos problemas técnicos y físicos se plantean (habida cuenta que la física es jodida pero es la ley), a saber: el calentamiento desmedido que las turbinas producirán en calcañares y empeines, corriendo el postulante serio peligro de salir ardiendo de la experiencia; para paliar tal extremo se ha pensado en amianto, que es cancerígeno, o en que se aguante, porque a fin de cuentas el que algo quiere, algo le cuesta. El segundo problema es la aceleración; considerando que la habitual de esos motores es de 0 a 100 km/h en 3 segundos, confiamos en que el pretendiente no se agarre con solidez a palitroque o hierbajo en el suelo, porque puede ser que se encuentre con un alargamiento de sus extremidades rayano en la elasticidad chiclécica. Sería solución eficaz para todos aquellos retacos avergonzados de su escasa estatura. Sin embargo, los ingenieros encargados del caso han encontrado, pensando, pensando, otro problema: el del combustible, pero lo solventan de manera rápida y eficaz como es habitual en ellos. El peticionario ingeriría bucalmente los 400 o 500 litros necesarios para la alimentación de las turbinas, extrayéndose el carburante de su cuerpo por sendos tubos (recuérdese que son dos motores) introducidos por su ano. (El ínclito sátrapa Sopeña recuerda la posibilidad de que haya que introducir tan solo un tubo que, una vez fuera del cuerpo del ensayista, tuviera una bifurcación o bypass que derivara a ambos motores). El enriquecimiento que tendría el carburante al mezclarse con los gases digestivos del interfecto redundaría, claro está, en un mayor rendimiento de los propulsores, pudiendo lograrse aceleraciones de 2,5 segundos de 0 a 100. Evidentemente, si de lo que se trata es de que el interesado se alongue, puede lograr estaturas, acaso, de kilómetro o kilómetro y medio, excepto en el caso probable de que en lugar de alongarse se descoyunte, lo que por supuesto, sería problema suyo.

f/ Al modo de esos propulsores de agua que permiten volar por encima de los mares, se investigan hoy propulsores que, para volar sobre la tierra deberían ser de tierra. Naturalmente, se ha demostrado la imposibilidad porque, una vez aplicados, se amontona el material formando un inmenso termitero desde lo alto del cual suele despeñarse el probador del prototipo, a causa de lo cual se prueba con aire, a pesar de que la lógica nos

dice que tal cosa serviría para impulsarse en el aire y horadar la tierra. Estos propulsores de aire han quedado sobradamente testados, incluso a lo largo de la historia, pero se pueden mejorar si el propulsor procede del mismo cuerpo del experimentador. Trataríase, sin lugar a dudas, de mantener una dieta estricta de alubias blancas, frijoles, sabinales, planchadas pintas o del Barco, mezcladas con habas secas. El Aerored debería estar estrictamente fuera de la ley, con métodos expeditivos como los utilizados con las drogas fuertes, para evitar desastres si este sistema de teletransportación se generalizase en las ciudades.

g/ Conocido es el efecto de la música en el espíritu. Y también es sabido que las secuencias ascendentes de notas producen alegría e incluso euforia, elevación de espíritu. Y bien, si se puede lograr la elevación del espíritu con la música y hasta de otros adminículos más íntimos con la ayuda del Bolero raveliano, ¿por qué no aplicarla a ese soñado vuelo corporal por encima de caminos y autopistas? Pruébese con esta melodía que a continuación se canturrea: ta-tariii, ta-taríííí, ta-tarĩĩĩ, tataratatata, tata... etc.

Miguel Arnas Coronado